

Marta Traba La Cascada

Tú tienes que recordar ese cuadro. Para más precisiones, te diré que lo vimos juntos en el Museo Guggenheim, un día antes que partieras de Nueva York. Y nos volvimos a acordar de aquel otro Magritte que amábamos como ninguno, el del Museo de Bruselas en cuya mitad inferior aparece la casa abrumada por la noche y los densos árboles nocturnos, (la casa negra con una lucecita encendida en la ventana, ¿te acuerdas?) y por arriba del tenebroso borde de la fronda se despliega un cielo increíble de pleno mediodía.

Es verdad que tú lo viste muy de prisa y hasta es posible que no puedas fijar los detalles que yo recorrí con prolijidad al día siguiente. No sé si porque este pequeño cuadro era absurdo en medio de los despliegues desaforados de los artistas actuales que lo rodeaban; no sé si por eso o porque siempre he sentido una atracción singular por el bosque, que me detuve tanto tiempo frente al cuadro.

Cierro ahora los ojos en la postración que estoy, en esta cama, y puedo decírtelo de memoria. La totalidad del rectángulo de tela estaba cubierta de hojas, se hubiera podido parecer a aquellas fabulosas tapicerías medievales del unicornio, si las hojas fueran más planas. Pero entre ramo y ramo de hojas (te digo ramo porque efectivamente cinco o seis hojas salían de un mismo tallo, casi como una corola), se dejaban ver espacios profundos, impenetrables. Esta trama ingenua y delicada de las hojas era completamente verde. Un verde festivo y profundo, de esos capaces de comunicar alegría y seguridad al tiempo. Nada que tradujera esa angustia secreta, esa soledad y misterio habituales en los cuadros de Magritte. Lo único insólito, o al menos extravagante, era el caballete de madera plantado en medio del seto de hojas y el cuadro que estaba colocado en el caballete. Ese cuadro representaba un fragmento de un bosque, y en este caso el paisaje se veía completamente. Quiero explicarte que grandes árboles se alinderaban al costado de un camino, o de un claro, y sus copas se recortaban sobre un cielo muy puro, casi blanco. El verde de los árboles era distinto de tono que el verde de la fronda donde estaba incrustado el caballete con el cuadro, pero resultaba igualmente fragante y lustroso. Brillaban de tal manera los dos ramajes, el del cuadro y el del cuadro dentro del cuadro, que parecía que la naturaleza hubiera sido recién hecha y ni la incuria ni el desgaste pudieran vulnerarla jamás.

Te daba la sensación de esto; de un escudo, eternamente fresco, renovable y perfecto.

Se me olvidaba decirte que el cuadro instalado en el caballete pintado tenía un marco dorado pálido, que separaba graciosa pero perentoriamente el cuadro de la fronda exterior.

Ya ves que, en apariencia, no había nada de extraño. No sabía decirte por qué volví al otro día al Guggenheim, y comencé a sentir una opresión inusitada mientras subía la rampa para enfrentarme al Magritte. Tampoco me siento capaz de describirte, en esta agonía, la incalificable sensación que tuve al vol-

ver a verlo. Porque dentro del cuadro que seguía instalado en el caballete, había aparecido ahora otro caballete pintado, exactamente en aquel borde del camino flanqueado de árboles. El nuevo caballete con el nuevo cuadro eran, guardando las proporciones lógicas, tan extremadamente pequeños, que tuve que tocar casi el cuadro para poder descubrir lo que aparecía pintado ahí dentro.

Se trataba del mismo bosque del primer cuadro (correspondiente al primer caballete), pero ahora totalmente gris, como si lo hubieran cubierto de una ceniza repugnante. Lo único que permanecía idéntico era el cielo líquido y transparente; pero algún cataclismo había encenizado la visión. Pasé largo tiempo escudriñando ese mínimo paisaje amortajado. No había duda alguna. Era idéntico al bosque pintado en el cuadro mayor y precisamente por ser idéntico resultaba más fúnebre su encenizamiento. Salí al cabo de un rato, extrañamente trastornado. En la acera del Guggenheim traté de respirar, como siempre, esa primavera resplandeciente y lustrosa de Nueva York, pero todo era en vano; la ceniza del bosque me oprimía el alma y no acertaba a darle ninguna explicación plausible a este milagro.

Al día siguiente desperté, no muy temprano, porque mi despertar fue pesado y mortal. Subí despacio la fulgurante rampa del Museo, porque ya sabía o presentía el agobio que me aguardaba.

Ya te imaginarás que el cuadro pintado dentro del cuadro del caballete había cambiado.

El bosque estaba fulminado hasta tal extremo, que parecía pueril pensar en un incendio. Las llamas pueden liquidar una fronda y retorcerla, pero no hasta ese punto. Poca cosa quedaba en pie y lo que quedaba era horrible de ver, por su mutilación inmisericorde; parecía mentira que la extinción hubiera sido tan irreparable y que tal frescura hubiera podido desaparecer de un momento para otro, y que la naturaleza fuera desalojada, galvanizada, destruida hasta ese punto por una catástrofe. ¿Cuál catástrofe? Al desaparecer el bosque, el cielo, que permanecía límpido y claro, había ganado casi la totalidad del cuadro. De lejos se veía como un punto blanco, inocente y encendido, en mitad del otro bosque eternamente fragante que lo contenía.

No había nada que hacer.

Me fui, como quien se desangra, insensible al florecimiento de las calles y a esa virginidad sorprendente de la primavera neoyorquina. Pasé el resto del día echado en la cama, mirando un punto fijo del techo, hasta la mañana siguiente, esperando que llegara la hora de renovar el tormento. ¿Qué crees que aparecía ahora en el cuadro más pequeño? No, no puedo ni decírtelo. Ni explicarte el horror que me tenía ahí clavado, ahí enfrente, doblegado por el espanto irreprimible, mientras pasaba al lado mío tanta gente feliz.

En el cuadro pequeño no se veía más que el cielo y una costra de tierra gris. El cielo inalterable tenía esa condición lechosa y frágil de las pupilas de los ciegos. Pero la costra de la

tierra no estaba entera, sino que se alcanzaba a ver un gran hueco, una especie de embudo, como si hubiera caído una bomba gigantesca. No quedaba ni una sola huella de los árboles, ni siquiera ramajes repulsivos.

¿Comprendes por qué no pude volver jamás y por qué estoy aquí recluido, ya sin fuerzas para levantarme de la cama? *Porque yo sabía que algo iba a aparecer por ese hueco, alguien iba a tratar de salir del fondo, de emerger, de reptar, alguien que hasta podía ser un niño, con dos ojos despavoridos...* No puedo seguir, aquí la memoria se me confunde o se vuelve insoportablemente dolorosa, hasta ese punto está ya entremezclada con el horror. Vuelvo a repetirte, no volví. Lo peor, lo atroz, es que en esa forma sabía que no vería nunca las manitas macilentas

tratando de agramparse al borde del embudo, resbalando una y otra vez hacia abajo, por la ceniza calcinada; no vería nunca aparecer dos ojos dilatados por un horror inhumano. Pero había perdido para siempre el bosque, ¿comprendes?

Para siempre el bosque, para siempre el verde traslúcido, para siempre el goce refrescante, para siempre el espacio lavado y transparente, para siempre...

POSDATA: No sé cómo he podido levantarme y revolviendo entre tantos papeles, he hallado la lámina con la reproducción de *La cascada*. Te la adjunto. Es claro que tú verás el cuadro como lo ve todo el mundo y no como lo he tenido que ver yo que, quién sabe por cuáles horribles designios, fui el elegido.

